

Propuse este libro porque me parece una reflexión muy interesante sobre el propio ejercicio literario. La protagonista tiene una serie de recuerdos y vivencias que quiere y necesita comunicar sin saber cómo. La necesidad de comunicar es lo que caracteriza al escritor y, este libro es un homenaje al propio acto de la creación. Por eso también adopta rasgos de todos los géneros literarios posibles. Es una novela de misterio, pero también una novela histórica; es una novela de postguerra y también una autobiografía; realismo y ficción se mezclan hasta el punto de no poderlos discernir. Tiene elementos del psicoanálisis, de la mayéutica socrática y multitud de símbolos de difícil y diversa interpretación. El libro es, para mí, una joya.

Me ha resultado difícil. Al principio, no pillaba el hilo. Pero conforme lo iba leyendo, me he ido dejando arrastrar por la magnífica prosa de la escritora. Me he ido enganando con esos recuerdos y vivencias que comenta, con sus reflexiones y no he podido dejar de leer

Me ha gustado mucho la simbología del libro. Las reflexiones que la autora hace sobre la época me han calado hondo. Recuerdo el uso de la palabra amortizar en las casas españolas del franquismo. Todo había que amortizarlo, porque no había nada y todo costaba mucho. También me ha hecho recordar mi cuarto de atrás y lo que mi vida en él supuso.

A lo largo de esta obra la autora va describiendo dos España como en dos rectas paralelas. Ella simplemente describe, no hace juicios de valor, a pesar de verse claras sus tendencias.

En el libro se trata mucho el tema de la mujer. Esa mujer del franquismo de sonrisa estereotipada, obsesionada con el orden, persiguiendo motas de polvo.., y esa mujer rompedora con la que ella se identifica. Desde mi punto de vista, las piedrecitas blancas representan ese mundo en el que todo estaba prefijado. El modelo del régimen. Para mí el hombre de negro es el duende de la inspiración y el pretexto para extraer de su memoria recuerdos y vivencias que desea comunicar sin saber por dónde empezar...

Para mí esta escritora tiene una especial habilidad para rescatar de su memoria pequeñas pinceladas de vivencias que, unidas a su indiscutible capacidad para escribir le han servido para contar una historia.

Me ha gustado mucho cómo transcurre la historia: sin orden, como la vida misma.

Para mí, ese hombre de negro que se ha tomado con ella una taza de té o café somos nosotros: el lector. Ella se esfuerza por comunicar su pasado a ese lector ideal cuyas dudas y preguntas le van sirviendo para trazar un pequeño camino en su historia. Las piedras blancas para mí representan la necesidad de un poco de orden para contar una vida que, de por sí, no es nada ordenada.

He creído también encontrar en esta historia una reflexión filosófica sobre el tema de la identidad personal. No somos un todo único, inmutable y definitivo. Nuestro yo está hecho por una serie de sentimientos, pensamientos, deseos contradictorios, desordenados, irracionales. El yo es un auténtico caos que sólo la lógica puede ordenar. Representamos el papel que nos hemos asignado y lo representamos dando una imagen de coherencia, que, desde mi punto de vista, no es, en absoluto, real.

“La literatura es un desafío a la lógica, no un refugio contra la incertidumbre”.

**“Yo soñaba con vivir en una buhardilla donde siempre estuvieran los trajes sin colgar y, los libros por el suelo, donde nadie persiguiera a los copos de polvo que viajaban en los rayos de luz, donde sólo se comiera cuando apretara el hambre, sin más ceremonias...
... Pero, al desorden no hay que venerarlo tampoco en sí, todos los dogmas son malos”.**

“Ya no volví a disgustarme por los juguetes que se me rompían y siempre que me negaban algún permiso o me reprendían por algo, me iba a Bergai, incluso soprtaba sin molestia el olor a vinagre que iba tomando el cuarto de atrás, todo podía convertirse en otra cosa, dependía de la imaginación. Mi amiga me lo había enseñado, me había descubierto el placer de la evasión solitaria, esa capacidad de invención que nos hace sentirnos a salvo de la muerte”.

“El cuarto de atrás”, me lo imagino también como un desván del cerebro, una especie de recinto secreto lleno de restos borrosos, separado de las antesalas más limpias y ordenadas de la mente por una cortina que sólo se descorre de vez en cuando; los recuerdos que pueden darnos alguna sorpresa viven agazapados en el cuarto de atrás, siempre salen de allí, y sólo cuando quieren, no sirve hostigarlos”.

“No somos un solo ser, sino muchos, de la misma manera que tampoco la historia es esa que se escribe poniendo en orden las fechas y se nos presenta como inamovible, cada persona que nos ha visto o hablado alguna vez guarda una pieza del rompecabezas que nunca podremos contemplar entero”.

“Hay un morbo irracional en ese vago deleite de sentirse incomprendido, que no se apoya en argumento alguno ni se dirige contra nadie, que encenaga al individuo en la mera autocompasión placentera”.

“El tiempo transcurre a hurtadillas, disimulando, no le vemos andar. Pero de pronto volvemos la cabeza y encontramos imágenes que se han desplazado a nuestras espaldas, fotos fijas, sin referencia de fecha, como las figuras de los niños del escondite inglés, a los que nunca se pillaba en movimiento. Por eso es tan difícil luego ordenar la memoria, entender lo que estaba antes y lo que estaba después”.

“La retórica de la postguerra se aplicaba a desprestigiar los conatos de feminismo que tomaron auge en los años de la República y volvía a poner el acento en el heroísmo abnegado de madres y esposas, en la importancia de su silenciosa y oscura labor como pilares del hogar cristiano”.